

Al sur de Granada

LA COMARCA ANDALUZA DE LA ALPUJARRA SE HA CONVERTIDO EN LAS ÚLTIMAS DÉCADAS EN UN SANTUARIO DE UN COSMOPOLITISMO TRANQUILO Y EPICÚREO. EL AUTOR RECREA UNO DE SUS DÍAS EN LA ALDEA DE BUBIÓN A FINALES DEL VERANO.

Cuando el sol está a punto de trasponer la ladera de enfrente, el sonido de los tambores de la samba asciende desde el fondo del barranco del Poqueira y alcanza la terraza de mi casa en Bubiión. Como si estuvieran sincronizados con Jesús y los demás samberos, los pájaros del barrio –gorriones, mirlos y golondrinas– inician el festival de trinos y cabriolas con que gustan despedirse de la jornada solar. A nuestra espalda se alza el pico del Veleta, sin una gota de nieve este verano; al frente, una sucesión de bancales, precipicios y montañas que van descendiendo hasta el azul del Mediterráneo. Al fondo, el moreno perfil de África. Incluso en este tórrido verano de 2017, el ocultamiento del sol va acompañado instantáneamente en Bubiión de un benéfico refresco de la temperatura. La aldea, de 300 habitantes, está a 1.300 metros sobre el nivel del mar, en el corazón del barranco del Poqueira –abajo Pampaneira, arriba Capileira–, y por lo tanto, de la Alpujarra. Sus noches estivales suelen ser fresquitas, de esas de dormir con una ventana abierta al murmullo de la acequia y una mantita sobre la sábana.

En 1919 un viajero inglés recaló en la ciudad de Granada y allí le contaron que al otro lado de Sierra Nevada, en su vertiente meridional, había una comarca de pueblos encaramados a quebradas vertiginosas, de acequias y balates mantenidos por labradores de rostros correosos y de rebaños de cabras y ovejas guiados por pastores capaces de encender una hoguera al aire libre en un día de lluvia. El Mediterráneo de fenicios, griegos, romanos, bereberes y árabes lamía los pies de aquella pobre y hermosa comarca llamada la Alpujarra o las Alpujarras.

El viajero inglés –joven, curioso y buen andarín– se llamaba Gerald Brenan. Subió a pie hasta la cima de Sierra Nevada y desde allí descendió a través de la Alpujarra para terminar instalándose en una aldea llamada Yegen. En Yegen pasaría buena parte del resto de su larga vida y allí recibiría las visitas de Dora Carrington, Lytton Strachey, Virginia Woolf y otros artistas y escritores ingleses, que harían el tramo final de sus viajes a lomos de mula. En 1957 Brenan contaría sus experiencias alpujarreñas en un libro maravilloso llamado *Al sur de Granada*.

Dudo entre beber una botella de cerveza de cañamo de la que se hace aquí mismo, en el Poqueira, o un vaso de agua del grifo. Opto



Por JAVIER VALENZUELA

Periodista y escritor. Debutó en Ajoblanco y trabajó 30 años en El País (corresponsal en Beirut, Rabat, París y Washington; director adjunto). Fundador y primer director de tintaLibre en 2013. Acaba de publicar *Limonos negros* (Anantes), su undécimo libro y segunda novela. @cibermonfi

por el agua, que es mineral, fruto del deshielo, de la que embotellan allí abajo, en Lanjarón. Escucho los conciertos paralelos del crepúsculo, el de los tambores y el de los pájaros, y pienso que si Brenan no hubiera escrito ese libro yo no tendría en Bubiión el vecindario que tengo. A la izquierda, una casita alquilada por unos jóvenes veraneantes ingleses; abajo, el hogar permanente de Susana y Jesús –el de los tambores de la samba–, llegados de Madrid en busca de una vida tranquila, y el de la familia de un apañado albañil rumano. A la derecha, separada por la acequia, la casa que acaba de rehabilitar Benedicte, venida desde Sudáfrica, y el jardincillo de cipreses de François Camus, el francés que tuvo mucho que ver con la introducción del budismo en esta zona.

DESTINO LITERARIO

Hace unas pocas noches, Benedicte ofreció una cena fría en su casa a una quincena de vecinos de siete nacionalidades diferentes. Nos entendimos en inglés, francés y castellano. François contó que estaba leyendo el *Quijote* en su lengua original y se declaró impresionado por su discurso sobre la Edad de Oro, aquella en la que nadie distinguía entre lo tuyo y lo mío. Una brasileña recordó, cómo no, a Brenan, que descubrió la Alpujarra al mundo anglosajón. Y yo cité a Chris Stewart, convertido en sucesor literario de Brenan con la publicación en 1999 de *Driving Over Lemons* (*Entre limones*, editorial Almazara). Stewart, batería del grupo Génesis en su juventud, sigue viviendo en su cortijillo de Órgiva, aquel

al que llegó por primera vez conduciendo, literalmente, sobre los cítricos que alfombraban un camino polvoriento.

Bubiión está más alto que Órgiva y no es tanto un lugar de olivos, naranjos y almendros como de cerezos, castaños y nogales. Junto a Pampaneira y Capileira, es uno de los pueblos mejor conservados de la Alpujarra. Sus viviendas forman un conjunto cubista, con fachada de piedra o encaladas, techos planos de launa gris, chimeneas tubulares de cuento de hadas e interiores con vigas de madera. Bosquecillos, huertos y jardines verdean el conjunto. Gatos medio asilvestrados ejercen la vigilancia desde las sombras más frescas y las alturas más inverosímiles.

Ando por Bubiión trabajando en mi tercera novela. Es un lugar excelente para escribir, de esos que Nietzsche llamaba hiperbóreos. Y aunque ya hayan muerto aquellos campesinos sabios que fueron el abuelo Puga y Pepe el del Portón, aunque ya pocos de los nacidos aquí ejerzan la agricultura o el pastoreo, el turismo del que ahora vive el Poqueira es tranquilo y cosmopolita. Españoles, franceses, ingleses, belgas o alemanes que en verano hacen bicicleta, trepan por senderos rurales, bajan a bañarse al río y valoran lo bien que se duerme, y en invierno adoran leer o charlar junto al fuego de la chimenea.

De los musulmanes que poblaron esta comarca durante casi un milenio proceden el estilo arquitectónico bereber, la laboriosa agricultura en bancales y el inteligente aprovechamiento en acequias de la nieve caída en invierno. En un libro excelente, *El país perdido. La Alpujarra en la guerra morisca* (Fundación José Manuel Lara, 2013), Justo Navarro ha relatado la tragedia de las decenas de miles de moros alpujarreños a los que primero se obligó a convertirse al catolicismo en contra de lo pactado por los Reyes Católicos en 1492, y luego se expulsó a sangre y fuego por las dudas sobre la sinceridad de su bautismo.

“La monarquía católica exigía una sola ley, una sola fe y una sola lengua”, escribe Justo Navarro. Exiliados los moriscos, la Alpujarra fue repoblada a lo largo de los siglos XVI y XVII por cristianos viejos procedentes de Castilla, León y Galicia. Ellos trajeron el



vino y el cerdo, que convirtieron en signos exhibicionistas de la nueva identidad, y abandonaron la cultura de las moreras y la seda que había hecho prosperar al reino nazarí de Granada durante siglos.

UN PUEBLO TOLERANTE

Hace unos días cené cuscús y cordero asado con miel y pasas en el restaurante Estación 4, unas cuestras por encima de mi casa. Pero que no se asusten los islamófobos: nadie reivindica hoy en la Alpujarra a los descendientes de Aben Humeya, si es que los tiene, como sus únicos monarcas legítimos. En Bubión las horas las marca la campana de la iglesia, nada ni nadie perturba las misas dominicales y, durante las fiestas, San Sebastián y San Antón desfilan procesionalmente por las empinadas callejas seguidos por una alegre banda de música y un cortejo de gentes de todas las edades. De todas las edades y hasta de todas las nacionalidades, todas las creencias y todos los agnosticismos.

La tolerancia prima en la Alpujarra desde el fin del franquismo. En un principio llegaron los ingleses con el libro de Brenan en la mochila; luego los *hippies* hastiados de Ibiza; más tarde un grupo de artesanos se convirtió a la espiritualidad del sufismo; le siguió la instalación de un centro de retiro budista visitado por el Dalai Lama, y hasta se produjo la supuesta reencarnación del maestro tibetano Yeshe en el niño Osel, hijo de Paco Hita y María Torres. Nada de esto alteró a los nativos. La tierra que durante un triste período sufrió las persecuciones inquisitoriales de los moriscos se rige ahora por la idea de que todo el mundo es libre de hacer lo que le plazca siempre que no fastídie al prójimo.

Esta es “una de las comarcas más bellas y singulares de la península Ibérica”, escribe Eduardo Castro en su libro *La Alpujarra en caballos de vapor* (Diputación de Granada, 2017). Tampoco deben fastidiarse, por supuesto, su arquitectura, su urbanismo y su naturaleza. Dije, y es cierto, que los tres pueblos de la angostura del Poqueira están bastante bien conservados, pero es a costa de una permanente pugna con la codicia de los que querrían urbanizarlo todo, con la avaricia de las empresas telefónicas y eléctricas que tienden cables por doquier para ahorrarse el soterramiento, con el mal gusto de los que pondrían puertas y ventanas de metal en lugar de madera, con ese odio a los árboles que, ya lo señalaba Richard Ford, padecen tantos españoles.

Y ahora sí que voy a regalarme con una cerveza de cáñamo de fabricación local. El sol se ha acostado tras la ladera occidental del barranco y queda una hora de luz natural, la mejor en verano para leer en la terraza. Repaso las máximas de Epicuro en la edición de Temas de Hoy de 1995. La felicidad, decía el filósofo, consiste en disfrutar de los placeres sencillos y naturales, en no desear cosas como el poder, la fama o la riqueza que terminan esclavizándote. La amistad, añadía, es lo mejor de todo lo que puede ofrecerte esta vida,



El escritor y viajero Gerald Brenan, que vivió en la Alpujarra, en una foto de 1936.

Primero llegaron los ingleses, después los hippies hastiados de Ibiza, seguidos de los budistas, pero nada de esto alteró a los nativos

la única de la que disponemos. Nietzsche y Camus adoraban a Epicuro.

Se levanta en el barrio una escandalera de perros justo en ese momento en que mis ojos ya no podrían distinguir un hilo blanco de otro negro. Regreso al interior de la casa, me pongo unos zapatillas de deporte y agarro una ligera cazadora de algodón. Voy a visitar amigos. Acaban de terminar las fiestas de verano y a algunos no los he encontrado en las procesiones o las verbenas. Por ejemplo, no he visto a Teresa, que vive en la calle que une mi casa con la plaza del pueblo, la del Ayuntamiento, la iglesia y la fuente de ladrillo de Donald.

Seguro que Teresa habrá estado muy ocupada atendiendo a los vendedores senegaleses de bolsos, juguetes y fruslerías varias que todos los años alzan sus tenderetes en la plaza durante las fiestas. Ella les llama “los moritos” porque son de religión musulmana y no catan ni el alcohol ni el jamón. Les ofrece bebidas y alimentos que no les repugnen y pone a su disposición su cuarto de baño para que puedan ducharse ellos y sus niños. Teresa pertenece a una comunidad que, en los años

1950 y 1960, perdió a muchos de sus hijos en la emigración a Cataluña, Francia y Alemania y ahora vuelve a enviarlos a Inglaterra y hasta Australia. Cree que a los moritos hay que tratarlos como nos gustaría que trataran a nuestra gente en el extranjero.

Iré luego a ver si Manolo Quirantes anda por su huerto, más allá del polideportivo. Al caer la noche, Manolo encierra en el corral a sus patos y gallinas y enciende una radio alimentada por una batería de automóvil para disuadir a los zorros de acercarse al lugar y dar cuenta de los plumíferos. Me gusta visitarle en ese momento y suelo ser recompensado con sus bromas, de esa irónica parsimonia tan propia de esta tierra, y con puñados de tomates, pepinos, cerezas o peras.

Antes de cerrar la puerta —soy de los pocos vecinos que lo hacen—, verifico en el *tinajo* de mi casa que llevo encima las llaves, el móvil y algunos euros por si en algún momento de la velada se terciara acercarse a La Artesa, el Teide o El Culpable. Giro levemente la cabeza y veo que mi membrillo ya está sazonado de frutos. El otoño está próximo. ♦